

Horizontes históricos de la vida política mexicana

GLORIA VILLEGAS
(Profesora del Colegio de Historia)

• Hacia el 2 de julio de 2006

Suele afirmarse que la jornada electoral de julio de 2006 será el mayor reto de la incipiente democracia mexicana, tras la alternancia en el poder. Son evidentes los avances logrados durante los últimos años en términos de prácticas ciudadanas e institucionales. Sin embargo, quedan muchas tareas pendientes, no sólo para remover los vicios estructurales que no han permitido un auténtico avance del país hacia la democracia, sino a fin de impedir que se

dilapiden las experiencias que han configurado su actual perfil.

Consecuentemente, son muy diversos los escenarios que pueden presentarse, tanto en el ejercicio mismo del sufragio, como a partir de sus resultados. Así, por ejemplo, pese a la propaganda mediática para promover el voto, está presente el riesgo de que el abstencionismo sea, una vez más, el signo dominante de las elecciones. Ya no sólo porque, justificadamente, una gran parte de

la población sigue considerando que las elecciones se dirimen en el ámbito de los “poderes informales”, sino en razón de la precaria oferta política de los aspirantes a los cargos de representación popular, en algunos casos prácticamente inexistente o diluida en los conflictos internos de los partidos y las confrontaciones entre los grupos que pretenden sostenerse como fuerza política o alcanzar esta posición. Por esta última razón, existe una alta probabilidad de

que se produzca el fenómeno del voto diferenciado en sus distintos niveles –semejante al que se dio en las elecciones de 2000.

Seguramente –como ha ocurrido en situaciones análogas, incluida la última elección presidencial– quienes resulten “favorecidos” por el voto popular, se ostentarán como los llamados a consumir el gran cambio que exige el país, para el que augurarán un “nuevo tiempo”. Y, desde luego, los candidatos a la presidencia elegirán algún sitio emblemático para proclamar su triunfo, virtual, real o supuesto, en concordancia con los rituales políticos del último siglo.

Por otra parte, conviene tomar en cuenta que si bien existen los mecanismos institucionales para encauzar los reclamos electorales, el triunfalismo propio de la cultura política mexicana ha impedido otorgarle al

resultado de los comicios su justa dimensión. Esto último resulta capital en el caso de la elección presidencial que –convertida en un filón informativo y económico para empresas encuestadoras y medios de comunicación– ha dado lugar a un conjunto de fenómenos inéditos en el último medio siglo, pero que guardan notables semejanzas con los que se produjeron en las primeras etapas de configuración del Estado mexicano, o son parte de procesos iniciados mucho tiempo atrás. Hoy vale la pena recordar algunos.

Una constante en la historia mexicana ha sido la inveterada aspiración, muchas veces expresada por sus “clases directoras”, como se llamaban a sí mismas en el siglo XIX, de construir una nación moderna, emulando los trayectos recorridos por otras, consideradas ejemplares en

Horizontes históricos...

distintas épocas. Este discurso siempre ha encontrado un terreno fértil, avasallando los argumentos contruidos sobre la base del análisis de las potencialidades reales del país, conforme a su propio carácter.

En la lógica de la emulación paradigmática mexicana, los partidos han ocupado un lugar eminente por haber sido tradicionalmente considerados signo inequívoco de modernidad política. Así, fue común que durante buena parte del siglo XIX se hablara de los partidos liberal y conservador, aunque no estuviesen constituidos formalmente, atribuyéndose una porción considerable de los conflictos de ese tiempo a las posturas antitéticas que presuntamente representaban. Este “vacío organizativo” propició que figuras conspicuas ligadas a ambos “partidos” actuaran en distintos momentos como agentes coadyuvantes en la construcción del Estado, configurando una suerte de “poder informal”. De esta experiencia surgiría, con el tiempo, la propuesta de crear un partido de Estado, concebido desde hace más de un siglo como la vía adecuada para lograr la gobernabilidad del país y transitar hacia formas modernas de organización política, tesis retomada por los gobiernos revolucionarios y los regímenes que les sucedieron, concretándose con la creación del Partido Nacional Revolucionario en 1929, reestructurado periódica-

mente para ajustarse a las cambiantes particularidades de la realidad mexicana, hasta quedar constituido como Partido Revolucionario Institucional en 1946.

Pero este “instituto político” que, como lo ha señalado Daniel Cosío Villegas, fue un factor decisivo para la estabilidad de México y motivo de estudio para otros países que buscaban alcanzarla, contrariando su propia tradición y espíritu, nunca más se reformó.

De esta manera, paradójicamente, la transformación prevista por este partido en el momento de su creación tuvo que dar inicio fuera de su estructura organizativa, pues ésta ya no admitía cambios. Antiguos militantes de esta organización crearon otras plataformas –desde el PSUM hasta el PRD– que conservaron muchos de los rasgos de su matriz política.

Justamente cuando se producía esta escisión en el seno del “partido oficial”, el Partido Accional Nacional tuvo un espectacular resurgimiento, paradójicamente, alejado de sus principios ideológicos originales. Sin embargo, la propuesta del “neo-panismo” perfilada hace dos décadas se ha venido desvaneciendo, a pesar de que no sólo esa plataforma, sino el resquebrajamiento del PRI y la incipiente

configuración de otros partidos, franquearon el arribo de su “candidato” a la presidencia de la República.

La ampliación de los horizontes explicativos en éste, como respecto de otros temas relacionados con la elección, aporta datos muy elocuentes acerca de las razones de conductas sociales que, de otra suerte, se antojan incomprensibles. Por ejemplo, difícilmente se puede entender la dinámica del voto si se olvida que, hacia finales del siglo XIX, era una práctica aceptada que al ciudadano sufragara a partir de los candidatos decididos por el presidente –desde entonces se esperaba con expectativa el “palomeo” – tomando en cuenta la “minoridad” política de los ciudadanos y, dado que, mediante el impulso a la educación, se establecían los mecanismos para superarla. Esta práctica no terminó con la Revolución, si bien, en la segunda mitad del siglo XX se “institucionalizó”, al compartirla el Ejecutivo con el “partido oficial”.

Tampoco sería sencillo ponderar hasta qué punto la sociedad mexicana tiene una añeja vocación parlamentaria, si se olvida que los primeros legisladores de la insurgencia encontraron una concordancia entre este sistema y la heterogénea com-

posición del país; archipiélago de naciones conforme a la sugerente metáfora del historiador holandés Raymond Buve. Y muy poco inteligible resultaría su reciente resurgimiento si quedase de lado el momento en que los constituyentes de 1917 –por cierto con argumentos muy semejantes a los de los tiempos porfirianos– aprobaron las disposiciones que sentaron las bases de un sistema presidencialista, por considerar que éste era el camino idóneo para que México pudiese transitar hacia la democracia.

Y es justamente una escasa asimilación de las experiencias del país a lo largo de varios siglos, lo que ha determinado que en virtud de sus orígenes, ambigüedades programáticas y veleidades, los actuales protagonistas de la vida política mexicana estén muy por debajo de las expectativas propias de un país maduro y moderno, urgido de posiciones de izquierda y derecha críticas, propositivas y con solidez teórica, capaces de enmarcar, al mismo tiempo, los matices que exige su diversidad.

De ahí que la reflexión y el análisis deberán recuperar su sitio en la vida política mexicana; sólo así será posible desmontar los grandes “mitos”, cuyo estudio puede resultar fascinante, pero que hoy limitan, en muchos sentidos, el avance democrático del país. ♦